



Andrea
Camilleri **La banda
de los Sacco**



DESTINO

La banda de los Sacco

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1318

Título original: *La banda Sacco*

© 2013 Sellerio Editore, Palermo

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-233-4907-4

Depósito legal: B. 281-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Ascenso de una familia

A mediados del siglo XIX, Luigi Sacco es tan sólo un muchacho espabilado y vivaz que trabaja como jornalero. Yendo de campo en campo, consigue pequeños contratos en las tierras cercanas a Raffadali, su pueblo natal. Éstas son sus riquezas: la juventud, dos brazos fuertes y muchas ganas de trabajar. Por lo demás, le faltan hasta los zapatos.

Está muy enamorado de una bella muchacha, jornalera como él, llamada Antonina Randisi. Y ella también lo ama a él.

A los dos les encantaría casarse y tener hijos, pero no tienen dinero, casi no ganan lo suficiente para sobrevivir y las fuerzas apenas les llegan para trabajar de la mañana a la noche.

La vida del jornalero es muy dura.

En primer lugar, no es un trabajo estable ni dura todo el año, sino que es una actividad temporal.

Es decir, que durante tres meses trabajas y entonces puedes comer media hogaza con una sardina, y

durante tres meses no trabajas y lo único que comes —y eso si la suerte ayuda— es un mendrugo de pan seco con un poco de achicoria.

Cuando llega la época de la cosecha (los momentos del año en que se recogen las almendras, las habas, las aceitunas, las uvas o el trigo), los jornaleros se reúnen a las siete de la mañana en un sitio establecido, que en general es una plaza del pueblo, y allí esperan a los capataces, que, por encargo de los patrones, van a *fari la chiurma*, o sea, a reclutar a las personas, varones y mujeres, que se han congregado en el punto de encuentro para llevarlas a los campos.

La posibilidad de que te escojan depende totalmente del capataz, que no siempre elige a los jornaleros por lo buenos que son en su trabajo o por lo mucho que se esfuerzan en ganarse la escasa paga, sino que a menudo y de buena gana obedece las órdenes de un mafioso, o el ruego de un amigo, o de un amigo de un amigo. O, si no, muchas veces decide quién sí y quién no a su antojo, según si alguien le cae simpático o antipático.

Y si alguien, aunque sea una sola vez, ha contrariado al capataz —por ejemplo, por discutir la paga o el horario de trabajo, o por quejarse de alguna vejación o atropello—, puede olvidarse de que lo vuelvan a llamar otra vez. Entonces es mejor quedarse en la cama: al menos se gana algo de sueño.

Se comienza a trabajar con las primeras luces del día y se acaba cuando cae la tarde.

Sólo está permitida una pausa de una hora, que

debe bastar para que los trabajadores coman y hagan sus necesidades.

Pero ¿qué comen los jornaleros?

Una hogaza de pan de un kilo acompañada con una sardina salada o un huevo duro.

Para que la comida sea soportable, primero se meten la sardina o el huevo duro en la boca, los giran con la lengua y luego se los sacan fuera aún intactos. A continuación, se comen los primeros tres cuartos de la hogaza acompañados por el sabor de la sardina o del huevo.

Sólo se comen la sardina o el huevo cuando queda el último cuarto de hogaza.

Beben agua, que mantienen fresca en un cántaro.

En algunas ocasiones, muy raras veces, si el patrón es generoso, ofrece el condumio, que consiste en un poco de berenjenas o una escudilla de harina de habas cocinada en agua y reducida a papilla, con un chorrito de aceite encima, y que sirve para acompañar al pan.

Si el trabajo debe continuar al día siguiente, los jornaleros duermen al raso. Y alguno canta:

*Ayer por la tarde me acosté al sereno:
las estrellas fueron mi abrigo;
el lecho, un palmo de terreno;
la almohada, un brote amargo...*

Los más afortunados o los más ancianos encuentran refugio para la noche en algún pajar.

Un día, Luigi supo que don Agatino, un viejo y venerado especialista en hacer injertos con árboles de pistacho, quería hablar con él.

Es preciso saber que los árboles de pistacho se dividen en árboles machos y hembras; un árbol macho, llamado terebinto, vale por ocho hembras.

Un árbol hembra no es capaz de dar frutos antes de cumplir doce años. Y, al duodécimo año, hay que injertarlo; en caso contrario, nunca podrá producir nada.

Pero el árbol hembra es bastante caprichoso: o el injerto arraiga a la primera o, de lo contrario, el árbol no dará ni un solo fruto y no habrá manera de hacerlo cambiar de idea.

Doce años perdidos cuidando un árbol estéril.

Sin embargo, el propietario de un pistachero tiene en sus manos una mina de oro: el pistacho es un producto muy solicitado y se vende carísimo.

Don Agatino, reconocido maestro en las artes de injertar pistacheros, ha perdido a su ayudante, que ha emigrado a Norteamérica.

Y ha oído que Luigi es un buen muchacho, una persona honrada y trabajadora. Es por eso por lo que le propone que aprenda el oficio y sustituya al antiguo ayudante.

Luigi acepta sin pensarlo, sobre todo porque la paga que le ofrece don Agatino es muy buena, suficiente para que su existencia cambie por completo.

Y pasa a aprender los secretos de su nuevo trabajo.

A Luigi Sacco le bastan tan sólo tres meses para entenderlo todo sobre el arte del injerto y otros tres

meses para superar al maestro, como admite con sinceridad el mismo don Agatino.

Y, después de poco tiempo, viejo y sin necesidades económicas, el maestro se retira y le deja todo su negocio a Luigi.

El renombre de Luigi como milagroso experto en pistacheros que nunca se equivoca a la hora de hacer los injertos se propaga con rapidez por la zona; y entonces, las pequeñas plantaciones de pistacheros de los alrededores comienzan a contratarlo para injertar verdaderos bosques de pistacho en Santo Stefano Quisquina, en Cattolica Eraclea y en otros pueblos de la provincia.

Pero aquello que había empezado como un oficio con el que ganarse la vida pronto se convierte en una verdadera pasión para Luigi.

Desde hace tiempo, su trabajo lo obliga a pasar cerca de una plantación de pistacheros propiedad de un juez llamado Vassallo. Se trata de una plantación estéril, porque los injertadores contratados por el juez se equivocaron en el momento del injerto. En cambio, a Luigi le parece que aún puede salvarla, y así, sin decirle nada a nadie, la injerta en el momento adecuado.

Porque éste es el arte: intuir el momento preciso, ni un día antes ni un día después, de realizar el corte.

Transcurridos unos días, el capataz corre en busca del juez y le cuenta que la plantación de pistacheros ha renacido.

El juez llama a sus injertadores y pregunta quién de ellos ha conseguido lograr semejante milagro.

Pero éstos dicen que ellos no tienen nada que ver. El juez, después de hacer varias averiguaciones, descubre que ha sido Luigi y lo quiere conocer. Lo invita a su casa, le da las gracias y le pregunta cuánto le debe por el trabajo.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Este trabajo lo he hecho por placer, no porque usted me lo haya pedido.

Y no aceptará de él ni siquiera un céntimo.

Al cabo de poco, gracias a su habilidad con los injertos, Luigi consigue ahorrar el dinero para construir una casita y casarse finalmente con su Antonina.

Pero, entretanto, Luigi, que siempre está buscando nuevas formas de conseguir algo de dinero, ha descubierto un oficio con el cual se gana mucho y que se puede hacer perfectamente en las pausas entre un injerto y otro.

Es un oficio tan extraño que, al oír su nombre, a todos les entra la risa: el atrapamoscas.

Es un farmacéutico, propietario de una plantación de pistacheros en la que Luigi había trabajado, quien le hace la propuesta.

—¿Te agradaría hacer de atrapamoscas para mí?

Luigi lo mira atónito.

—¿Está de broma?

El farmacéutico le explica que las moscas que debería atrapar son las que se ponen sobre las hojas del saúco para chuparlas. Moscas raras, que se ven por

aquellas tierras sólo durante unos pocos días en los meses de abril y mayo.

Luego el farmacéutico lo lleva a la trastienda de la farmacia y le enseña una mosca muerta.

—Es este tipo de mosca el que debes atrapar. Se llama cantárida. Y no es fácil de encontrar, como te dije. Y yo te pagaré bien por cada mosca que me traigas.

—Y ¿para qué sirve?

El farmacéutico se ríe.

—Sirve para que un hombre de sesenta años como yo pueda hacer el amor como un muchacho de veinte. Nosotros, los farmacéuticos, convertimos estas moscas en un polvillo que se vende a peso de oro y que debe tomarse en pequeñas dosis porque, de lo contrario, puede matarte.

A fuerza de atrapar moscas y de injertar, al cabo de poco tiempo Luigi puede comprarse una parcela de tierra de ocho hectáreas. No obstante, hay que labrarla y cultivarla: hace muchos años que ese terreno no recibe el cuidado diario del hombre.

A Luigi le fían la tierra sin hacérsela pagar al contado porque el propietario tiene una grandísima confianza en su honradez.

—Cuando tengas el dinero, me pagas la cuota.

Con el paso del tiempo, Luigi y Antonina tienen cinco hijos varones y una niña. En este orden: Vincenzo, Salvatore, Giovanni, Girolamo, Filomena y Alfonso.

Poco a poco, los hijos crecen, y la verdad es que no hurtan el cuerpo. Tienen muchas ganas de trabajar y de abrirse paso en la vida, así que no dudan en ponerse a ayudar a su padre.

Ahora el terreno, bien cultivado, tiene un viñedo, una plantación de pistacheros —Luigi sigue aprovechando sus habilidades a la hora de realizar injertos— y un almendral.

Luigi compra dos asnos y una mula.

La casita se ha agrandado bastante: ahora hay también un almacén y un establo para las bestias.

Al cabo de un tiempo, Salvatore decide que, para ayudar a su padre a pagar las cuotas del terreno y para liquidar lo antes posible la deuda, partirá a Estados Unidos. Emigra cuando aún es casi un niño, y se queda allí durante nueve años.

Trabaja como un esclavo y manda siempre dinero a casa.

Al poco tiempo, Vincenzo parte para Argentina, donde se quedará ocho años.

Y también él, siguiendo el ejemplo de su hermano Salvatore, manda a casa todo el dinero que puede.

Para ayudar a su padre en los campos, quedan Giovanni, llamado *Vanni*, y Girolamo.

Alfonso es todavía demasiado pequeño para sostener la pesada azada con la mano.

Y, además, su padre le tiene reservado un destino distinto. Muy ambicioso para aquellos tiempos.

Luigi quiere que este hijo estudie Derecho. Mien-

tras tanto, el padre y los hermanos lo mantendrán y le pagarán los gastos de la carrera.

Los Sacco a duras penas han aprendido a firmar, y no saben leer ni escribir bien. Y lo cierto es que todos ellos sufren mucho por el hecho de ser casi analfabetos.

En su *Memorial*, Alfonso escribe que, de todos los jornaleros de su pueblo, sólo uno, de ideas socialistas, era capaz de leer el periódico, aunque lo hacía despacio y no sin dificultad. Y lo más fascinante era que los jornaleros pensaban que eso era lo justo y lo natural, es decir, que el periódico debían leerlo y entenderlo «sólo los señores».

Cuando estalla la primera guerra mundial, llaman a las armas a Giovanni, Girolamo y Salvatore (que acaba de regresar de Estados Unidos), de manera que parten para el frente.

En consecuencia, Alfonso se ve obligado a dejar los estudios para ir a trabajar con su padre, que se ha quedado solo, ya que Vincenzo todavía está en Argentina.

Pero al final de la guerra se reúnen todos, incluido Vincenzo. A Girolamo lo han herido durante su estancia en el frente y el Estado lo ha reconocido como «gran inválido».

En el campo, el padre y los hijos siguen trabajando codo con codo en perfecta armonía. Con el tiempo,

se construyen varias casas, adosadas las unas a las otras, y nuevos establos.

Tres de estas casas son para Vincenzo, Giovanni y Filomena, que mientras tanto se han casado.

También han edificado un lagar para hacer vino. Una gran colmena con cincuenta arnas.

Se han comprado otra mula, cuatro vacas y dos yeguas, que engendran dos mulas más al año.

Salvatore, con la ayuda de un amigo que sabe cómo hacer funcionar la maquinaria, instala un molino en un almacén que hay en el centro del pueblo. Gracias a la ubicación en la que se encuentra, su rendimiento es excelente desde el momento en que lo pone en marcha.

Vincenzo trabaja en la recepción de la cooperativa socialista (los Sacco son todos de ideas socialistas). Además, también es un buen fotógrafo —ha aprendido el oficio en Argentina— y como tal, inmortalizando bodas, bautizos y funerales, se gana bien la vida.

A Giovanni se le ocurre una idea genial.

La conexión con la capital de la provincia, Girgenti (que hoy en día recibe el nombre de Agrigento), la realiza una vieja diligencia arrastrada por caballos. Se dedica a transportar correo y pasajeros, y hace el trayecto de ida por la mañana y el de vuelta por la tarde. Cada viaje dura media jornada.

Pero cada día son muchas las personas que se ven obligadas a permanecer en tierra, dado que la diligencia puede llevar, como máximo, a ocho pasajeros.

Entonces, Giovanni, para no hacerle un desaire al

propietario de la diligencia, se asocia con él y, junto con otros amigos, compra un autobús que en una sola jornada es capaz de hacer dos viajes de ida y dos de vuelta entre Raffadali y Girgenti.

Y, puesto que se encarga también del servicio postal, la sociedad de Giovanni recibe una contribución anual de veinte mil liras por parte del Estado.

Poco después, Giovanni y sus socios compran un camión. Lo utilizarán para el transporte de mercancías y realizará el mismo recorrido que el autobús.

Pero, cuando llega la hora de la cosecha, todos vuelven a ser campesinos.

A mediodía y por la tarde, la familia se reúne para comer siempre en torno a la misma mesa.

Los hermanos casados se sientan con sus mujeres.

Todos viven en casas construidas la una junto a la otra sobre el terreno de la familia.

Jamás hay un roce ni una pelea entre ellos.

Todo el mundo los conoce por su honradez, su seriedad y el respeto absoluto que tienen por la palabra dada.

Los Sacco ya han alcanzado el bienestar.

Han sudado para conseguirlo, pero no piensan limitarse a disfrutar de él y no hacer nada más en la vida.

Vanni tiene otras ideas en la cabeza: quiere comprar al menos otros dos autobuses y hacer otras líneas para comunicar Raffadali con los pueblos vecinos.

Pero estaba la mafia.